

JOHN PIPER

ASOMBRADOS
POR DIOS

DIEZ VERDADES QUE CAMBIAN AL MUNDO



NASHVILLE, TENNESSEE

Índice

| | |
|-------------------------------------------------|-----|
| Prefacio | 7 |
| 1. Dios es | 11 |
| 2. La gloria de Dios | 29 |
| 3. El hedonismo cristiano | 45 |
| 4. La soberanía de Dios | 65 |
| 5. El evangelio de Dios en Cristo | 81 |
| 6. El llamado a las misiones globales | 99 |
| 7. Vivir la vida cristiana | 113 |
| 8. La perseverancia de los santos | 131 |
| 9. La masculinidad y la femineidad bíblicas | 149 |
| 10. Aparentemente tristes, pero siempre alegres | 165 |

Prefacio

¿Asocias las palabras *asombro* y *compasión* con la palabra *doctrina*? Yo sí. Y no solo esas palabras, sino también *alegría*, *vida* y *esperanza*.

Doctrina significa «enseñanza». En algunas ocasiones, se utiliza para referirse a grupos de enseñanza que pertenecen a un grupo religioso, pero cada vez que la palabra *doctrina* aparece en la Biblia, se traduce de la palabra ordinaria para *enseñanza*.

Entonces, cuando Jesús observó que la multitud era «como ovejas sin pastor», Marcos nos declara que tuvo compasión de ellos y «comenzó a enseñarles muchas cosas» (Mar. 6:34). La compasión de Jesús produjo enseñanza: doctrina.

Esto es lo que Jesús hizo más que cualquier otra cosa: Él enseñó. «Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando» (Mat. 9:35). Generalmente, la respuesta era asombro. «Al oír esto, la gente quedó admirada de su enseñanza» (Mat. 22:33). El asombro era provocado por la enseñanza, la doctrina, de Jesús.

Es sorprendente la forma en que el apóstol Juan hace una conexión entre la doctrina y nuestra relación con Dios. Él dice:

«Todo el que se descarría y no permanece en la *enseñanza* de Cristo *no tiene a Dios*; el que permanece en la *enseñanza* sí tiene al Padre y al Hijo» (2 Jn. 1:9). Si atesoramos las verdaderas enseñanzas de Jesús, tenemos a Dios. Esto es asombroso.

No en vano, Jesús nos dice que su enseñanza es para nuestra «alegría» (Jn. 15:11) y nuestra «vida» (Jn. 6:68). Y el apóstol Pablo dijo que toda la doctrina de la Biblia es para nuestra «esperanza» (Rom. 15:4).

Así que, al acercarme al final de mis 33 años como pastor en la Iglesia Bautista Bethlehem en Minneapolis, Minnesota, consideré que sería bueno mirar hacia atrás y analizar las doctrinas: las asombrosas, compasivas, vivificantes, alegres y esperanzadoras enseñanzas que mantienen todo unido.

Eso es lo que hice en mis últimos sermones en la iglesia. Pienso en ellos como un legado de mensajes. ¿Cuáles eran las principales verdades que deseaba dejar grabadas en la memoria y en la mente de mi gente? Terminé con diez verdades que dieron un giro a mi mundo y al de nuestra iglesia, y continuarán asombrando al mundo entero mientras el evangelio progresa por el poder de Dios. En este libro, quiero guiarte a través de esas diez verdades, así como lo hice con esos sermones finales en Bethlehem. Ciertamente, este libro es un resumen de las principales cosas que traté de impartir durante esos 33 años.

Sin embargo, sería un error leer este libro con nostalgia. Estos mensajes están orientados hacia el futuro. Son para vivir la vida hoy y mañana. En el capítulo 1, explico que el objetivo no era *aterrizar* el avión después de un vuelo de 33 años en Bethlehem, sino hacer *despegar* una nueva etapa en la vida de mi gente y en la mía. Estas doctrinas son, como leerás pronto, «indomables, incontenibles y creadoras del futuro».

Cada día inicias el resto de tu vida. No tienes obligación con tu pasado. No, si te vuelves a Jesús y crees en sus enseñanzas. No,

si estás asombrado por Dios. En cambio, conocerás la verdad, la doctrina, y la verdad te hará libre (Juan 8:32).

John Piper
Minneapolis, Minnesota
marzo de 2018

ÉXODO 3:13-15

Pero Moisés insistió:

—Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: «El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes». ¿Qué les respondo si me preguntan: «¿Y cómo se llama?»?

—Yo soy el que soy—respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: «Yo soy me ha enviado a ustedes».

Además, Dios le dijo a Moisés:

—Diles esto a los israelitas: «El Señor, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes. Este es mi nombre eterno; este es mi nombre por todas las generaciones».

1

Dios es

Mi principal objetivo en los diez capítulos de este libro es hacer trascender la pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas para alegría de todos los pueblos a través de Jesucristo. En otras palabras, pretendo exaltar tanto a Dios el Padre como a Dios el Hijo, a través de Dios el Espíritu, para alentarte a adorar a nuestro Dios trino.

Con este objetivo en mente, deseo despertar y fortalecer una poderosa convicción en ti mientras lees. Cuando expuse estos mensajes a la Iglesia Bautista Bethlehem al finalizar mis 33 años de ministerio allí, quería que la gente los viera como una preparación y no como un final. O para decirlo de otra manera, esperaba ayudarlos a ver y a sentir que esta transición era más como un despegue que un aterrizaje. Era más sobre las cosas maravillosas que Dios va a hacer, que sobre las grandes cosas que había hecho.

Por lo tanto, me pareció apropiado, con el apoyo del personal pastoral de Bethlehem, dirigir la atención de la iglesia a una serie de realidades fundamentales —verdades cruciales, marcas distintivas y piedras angulares de la Biblia de estos 30 años y piedras angulares de

la Biblia— que habían moldeado profundamente lo que esta iglesia había sido en las últimas tres décadas.

Hoy, al igual que cuando proclamé esos mensajes, considero el resumen de las verdades fundamentales expresadas en este libro más como un despegue que como un aterrizaje. Nos conducen a seguir preparándonos en lugar de considerarlo como el final, a aferrarnos a lo que está por venir, en lugar de detenernos en las grandes cosas del pasado.

La razón es que estas realidades fundamentales, expuestas en cada capítulo, son indomables, incontenibles y creadoras del futuro. No solo sostienen el presente y explican el pasado: viven, están activas y se nutren de forma sobrenatural para conducir al pueblo de Dios a lugares que aún no hemos soñado, de maneras que no podemos imaginar.

Y así, volvemos a esta serie de verdades fundamentales —verdades cruciales, marcas distintivas, piedras angulares de la Biblia— que no solo han dado forma a una iglesia, sino que han trastornado el mundo desde los primeros días del cristianismo, y que continúan haciéndolo hoy y continuarán haciéndolo hasta que Cristo regrese. Nos enfocaremos en realidades indomables, incontenibles y creadoras del futuro. Seremos asombrados por Dios.

Dios absolutamente es

La primera de estas verdades es que *Dios es*. O para decirlo de la manera en que lo dice nuestro texto, *Dios es el que es*. O para decirlo de manera filosófica, *Dios absolutamente es*. Este es el hecho más básico y definitivo. Punto. De los miles de millones de hechos que existen, este está en la parte más inferior y en la parte más superior. Es el fundamento de todos los demás y la consumación de todos los demás. Nada es más básico y nada es más definitivo que la realidad de que *Dios es*.

Nada es más fundamental que *Dios es*. Nada es más fundamental para tu vida, tu matrimonio, tu trabajo, tu salud, tu mente o tu futuro que *Dios es*. Nada es más fundamental para el mundo, ni para el sistema solar, ni para la Vía Láctea, ni para el universo que *Dios es*. Y nada es más fundamental para la Biblia y la revelación de Dios sobre Sí mismo y la gloria del evangelio de Jesús que *Dios es*.

La realidad de que *Dios absolutamente es* se presenta en Éxodo 3:13-15. Permíteme preparar el escenario para ti. Durante varios siglos, el pueblo de Israel, el pueblo elegido de Dios, había vivido como extranjero en Egipto. Y durante mucho tiempo habían sido tratados como esclavos. Ahora, a medida que se acercaba el tiempo de la liberación de Dios, nacería un niño judío, al que se le daría el nombre de Moisés. Él sería rescatado de manera providencial por la hija de Faraón y criado en la corte real. Como adulto, mientras defendía a uno de sus hermanos israelitas, mataría a un egipcio y luego huiría a la tierra de Madián. Allí, Dios se le apareció en una zarza ardiente.

Yo soy el Dios de tu padre. Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Al oír esto, Moisés se cubrió el rostro, pues tuvo miedo de mirar a Dios. Pero el Señor siguió diciendo:

—Ciertamente he visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse de sus capataces, y conozco bien sus penurias. Así que he descendido para librarlos del poder de los egipcios y sacarlos de ese país, para llevarlos a una tierra buena y espaciosa, tierra donde abundan la leche y la miel. Me refiero al país de los cananeos, hititas, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos. Han llegado a mis oídos los gritos desesperados de los israelitas, y he visto también cómo los oprimen los egipcios. Así que disponte a partir. Voy a enviarte al

faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo (Ex. 3:6-10).

Así que Moisés fue elegido por Dios para sacar a su pueblo de la esclavitud y llevarlo a la tierra prometida, pero él también tenía temor. «Pero Moisés le dijo a Dios: ¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas?» (v. 11). Y Dios dijo: «Yo estaré contigo. Y te voy a dar una señal de que soy yo quien te envía: Cuando hayas sacado de Egipto a mi pueblo, todos ustedes me rendirán culto en esta montaña» (v. 12).

Así, Moisés nos señalaría una de las cosas más importantes que Dios ha dicho.

Tres cosas que Dios dice de sí mismo

Revisemos de nuevo nuestro texto.

Pero Moisés insistió:

—Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: «El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes». ¿Qué les respondo si me preguntan: «¿Y cómo se llama?»?

—Yo soy el que soy—respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: «Yo soy me ha enviado a ustedes».

Además, Dios le dijo a Moisés:

—Diles esto a los israelitas: «El Señor, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes. Este es mi nombre eterno; este es mi nombre por todas las generaciones» (Ex. 3:13-15).

«Tú me preguntas mi nombre —declaró Dios—, así que te diré tres cosas. En primer lugar, “Yo soy el que soy”» (v. 14a). Él no manifestó

que ese era su nombre. En realidad, afirmó: «Antes de que te preocupes por mi nombre, o dónde me encuentro entre los muchos dioses de Egipto o Babilonia o Filistea, y antes de que pienses en llamarme por mi nombre, e incluso antes de que te preguntes si yo soy el Dios de Abraham, asómbtrate por esto: *Yo soy el que soy*. Yo absolutamente soy. Antes de conocer mi nombre, conoce mi ser».

Este «Yo soy el que soy»—*yo absolutamente soy*—es fundamental y de infinita importancia.

En segundo lugar, «Y esto es lo que tienes que decir a los israelitas: “Yo soy me ha enviado a ustedes”» (v. 14b). Notemos que Dios todavía no le había dicho a Moisés Su nombre. Él estaba construyendo un puente entre Su ser y Su nombre al establecer Su ser en vez de Su nombre. «Diles: “Yo soy me ha enviado a ustedes”. *El que absolutamente es me ha enviado a ustedes*».

En tercer lugar, «Diles esto a los israelitas: “El Señor [Yahvéh en hebreo], el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes. Este [Yahvéh] es mi nombre eterno; este es mi nombre por todas las generaciones”» (v. 15). Finalmente, nos da Su nombre. Casi siempre se traduce como *Señor* en la Biblia. Pero en hebreo se pronunciaría como «Yahvéh», y se basa en las palabras «Yo soy». Así que cada vez que escuchas la palabra Yahvéh [o la forma corta *Ya*, que escuchas cada vez que cantas «alelu-ya» (alabado sea Yahvéh)], cada vez que veas *Señor* en la Biblia, deberías pensar: este es un nombre propio (como Juan o María) *formado con las palabras «Yo soy» y nos recuerda que Dios absolutamente es*.

Dios absolutamente es. Esto es increíble. Dios se dio a sí mismo un nombre (que se usa más de 4000 veces en el Antiguo Testamento) que nos exige, cuando lo escuchamos, pensar: *Él es, Él absolutamente es, Él es absoluto*.

Esta es la primera de las verdades indomables, incontenibles y creadoras del futuro que discutiremos. Un pueblo atónito y asombrado

ante la realidad de que *Dios es*, será un pueblo incontenible. Nuestro Dios trino ama manifestarse en el poder de la gracia cuando la gente se asombra por el hecho de que *Él es*.

Diez cosas sobre el significado de «Yo soy el que soy»

¿Qué significa para Dios ser el que es? Aquí hay diez puntos para responder esta pregunta:

1. *Que Dios absolutamente es significa que nunca tuvo un comienzo.* A nuestra mente se le dificulta entender esto. Cada niño pregunta: «¿Quién hizo a Dios?». Y cada padre sabio responde: «Nadie creó a Dios. Dios simplemente es. Y siempre lo fue. No tuvo un principio».
2. *Que Dios absolutamente es significa que Dios no tendrá fin.* Si Él no tuvo un principio, no puede dejar de ser, porque está siendo. Él es lo que es. No hay nada fuera de Su ser. Solo Él es. Antes de crear, eso es todo lo que es: Dios.
3. *Que Dios absolutamente es significa que Dios es la realidad absoluta.* No hay realidad antes que Él. No hay realidad fuera de Él a menos que Él quiera y la haga. Antes de crear, Él no era una de las muchas realidades. Él simplemente está allí como una realidad absoluta. Él es todo lo que era eterno. Sin espacio, sin universo, sin vacío. Solo Dios. Absolutamente allí. Absolutamente todo.
4. *Que Dios absolutamente es significa que Dios es completamente independiente.* Él no depende de nada para traerlo a la existencia, sustentarlo, aconsejarlo o convertirlo en lo que es. Eso es lo que significa ser absoluto.
5. *Que Dios absolutamente es significa que todo lo que no es Dios depende totalmente de Él.* Todo lo que no es Dios es secundario y dependiente. El universo entero es completamente secundario. No es primario. Fue creado por Dios y es sustentado momento a momento por la decisión de Dios de mantenerlo.

6. *Que Dios absolutamente es significa que todo el universo, en comparación con Dios, es nada.* La realidad contingente y dependiente es a la realidad absoluta e independiente como una sombra a la sustancia. Como un eco a un trueno. Como una burbuja al océano. Todo lo que vemos, todo lo que nos sorprende en el mundo y en las galaxias es, en comparación con Dios, como si fuera nada. «Todas las naciones no son nada en su presencia; no tienen para él valor alguno» (Isa. 40:17).
7. *Que Dios absolutamente es significa que Dios es constante. Él es el mismo ayer, hoy y siempre.* No puede mejorarse. No se está convirtiendo en nada. Él es quien es. No hay desarrollo en Él. No hay progreso. La perfección absoluta no puede mejorarse.
8. *Que Dios absolutamente es significa que Él es el estándar absoluto de la verdad, la bondad y la belleza.* No existe un libro de leyes que deba consultar para conocer lo que es correcto. No hay un almanaque que consulte para establecer los hechos. No existe un gremio para ayudarlo a determinar lo que es excelente o hermoso. Él mismo es el estándar de lo que es correcto, lo que es verdadero y lo que es bello.
9. *Que Dios absolutamente es significa que Dios hace lo que le place y siempre es correcto y hermoso y siempre va de acuerdo con la verdad.* No hay restricciones en Él, ni fuera de Él, que puedan impedirle hacer lo que le plazca. Todo lo que está fuera de Él, Él lo creó, lo diseñó y lo gobierna. Entonces, Él es completamente libre de toda restricción que no proceda del consejo de Su propia voluntad.
10. *Que Dios absolutamente es significa que Él es la realidad más importante y valiosa, y la persona más importante y valiosa del universo.* Él es más digno del interés, la atención, la admiración y el deleite que todas las demás realidades, incluso todo el universo.

Porque Él es

¡Dios absolutamente es! Creamos y apreciamos esto. *Dios es.* Es una realidad indomable, incontenible y creadora del futuro. Y que esta

realidad se ignore, se trate como algo insignificante, se cuestione, se critique y se considere tan poco es una atrocidad cósmica.

Si Dios es la realidad más importante, nada puede conocerse correctamente aparte de su relación con Él. Él es la fuente, el objetivo y el que define todos los seres y todas las cosas. Así que, seamos un pueblo perdidamente apasionado por Dios. Conocerlo, admirarlo y darlo a conocer debería ser nuestra pasión. Permitamos que sea simple y abrumadoramente dominante en nuestra conciencia. Si existimos para hacer trascender la pasión por la supremacía de Dios, entonces todo debe comenzar y terminar con Él, todo debe estar relacionado con Él.

Por ello, con la ayuda de Dios, no debemos blasfemar. No blasfemaremos del Dios que absolutamente es al no darle la importancia que merece o al entusiasmarnos más por las cosas que por Él. Debemos tener temor de caer en lo que Charles Misner escribió hace unos 20 años sobre Albert Einstein.

Considero el diseño del universo de manera esencial como una cuestión religiosa. Es decir, uno debería tener algún tipo de respeto y admiración por todo el asunto. [...] Es magnífico y no debe darse por sentado. En realidad, creo que esa es la razón por la cual Einstein encontró poca utilidad en la religión organizada, aunque me parece que era un hombre básicamente muy religioso. Debió haber observado lo que los predicadores decían sobre Dios y sintió que estaban blasfemando. Él había visto mucha más majestad de la que ellos hubieran imaginado; simplemente no estaban comunicando la realidad (Citado en *First Things*, diciembre de 1991, n.º 18, 63).

Cuando leí por primera vez esa cita, pensé: «Oh Dios, nunca jamás permitas que eso suceda en nuestra iglesia». Supe entonces, y ahora sé, que miles de millones de personas en el mundo anhelan

conocer al Dios vivo y verdadero que absolutamente es. Y nosotros tenemos las buenas noticias y sabemos que este Dios ha enviado a Su Hijo al mundo a morir por pecadores como nosotros, para que todo aquel que cree en Jesucristo pueda conocer a Dios, con gozo, para siempre. Por ello, tengamos plena consciencia de nuestro llamado como cristianos. Existimos para hacer trascender una pasión por el Dios que absolutamente es.

Ahora ves por qué considero esto como una realidad indomable, incontenible y creadora del futuro. Él declara, hoy y siempre: «Soy el que soy». Dios absolutamente es.

Más sobre el Dios que es

DIOS, GLORIA, EVANGELIO

El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria»
Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo (Isa. 6:1-4).

Resaltemos siete verdades gloriosas sobre Dios en estos cuatro versículos. Todas ellas surgen porque Dios es.

Dios está vivo

El año de la muerte del rey Uzías...

Como Dios que es, Él está *vivo*. Uzías está muerto, pero Dios vive. «Desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros,

tú eres Dios» (Sal. 90:2). Era el Dios viviente cuando este universo surgió de la nada; cuando Sócrates bebió el veneno; cuando William Bradford gobernó la colonia en Plymouth; cuando en 1966, Thomas Altizer lo proclamó muerto y la revista Time lo puso en la portada. Y Él será el Dios viviente en diez trillones de años, cuando todos los insignificantes ataques contra Su realidad se hayan hundido en el olvido.

«El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor». No existe un solo jefe de estado en todo el mundo que estará allí en 50 años. La rotación en el liderazgo mundial será del 100%. Pero con Dios no es así. Él nunca tuvo un comienzo y, por lo tanto, no depende de nada para Su existencia. Él siempre ha sido y siempre estará vivo.

Dios es soberano

... vi al Señor [...] sentado en un trono.

Ninguna visión del cielo alcanzó a entrever a Dios que araba un campo, o que cortaba el pasto, lustraba Sus zapatos, llenaba informes o cargaba un camión. El cielo no sufre por falta de atención. Dios nunca está ansioso por Su reino celestial. Él se sienta. Y se sienta en un trono. Todo está en paz y Él tiene el control.

El trono es Su derecho a gobernar el mundo. No le damos a Dios autoridad sobre nuestras vidas. La tiene, nos guste o no. ¡Es una locura actuar como si tuviéramos algún derecho a cuestionar a Dios! Necesitamos oír, de vez en cuando, palabras contundentes como las de Virginia Stem Owens, quien escribió en el *Reformed Journal*:

Dejemos esto en claro. Dios puede hacer todo lo que le plazca, entre otras cosas condenar. Y si le place condenar, entonces lo hace, *ipso facto*. La actividad de Dios es lo que es. No hay nada más. Sin ella no existiría nada, incluso

los seres humanos que presumen de juzgar al Creador por todo lo que es.

Pocas cosas proveen más humildad y nos dan esa sensación de cruda majestuosidad, que la verdad de que Dios es absolutamente soberano. Él es el Tribunal Supremo, el poder legislativo y el jefe del Ejecutivo. Fuera de Él, no hay dónde más apelar.

Dios es omnipotente

... vi al Señor excelso excelso y sublime.

El trono de la autoridad divina no es un trono entre muchos. Es excelso y sublime. Que el trono de Dios es más excelso que cualquier otro trono refleja el poder superior de Dios para ejercer Su autoridad. Ninguna autoridad opositora puede anular los decretos de Dios. Lo que se propone, logra. «Mi propósito se cumplirá, y haré todo lo que deseo» (Isa. 46:10).

«Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder» (Dan. 4:35). Esta autoridad soberana del Dios viviente es un refugio lleno de gozo y poder para aquellos que guardan Su pacto.

Dios es resplandeciente

Vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo.

Sin duda, has visto fotos de novias con sus largos vestidos que cubren parte de los escalones y del escenario. ¿Cuál sería el significado si su manto llenase los pasillos y cubriera los asientos y el coro? Que la túnica de Dios llene todo el templo celestial significa que Él es un Dios de incomparable esplendor. La plenitud del esplendor de Dios se muestra de mil maneras.

Hay especies de peces que viven en las profundidades del mar, en donde reina la oscuridad, que producen su propia luz; algunas tienen lámparas colgando de sus barbillas, otras tienen narices luminiscentes, otras tienen faros debajo de los ojos. Hay miles de tipos de estos peces que viven en lo profundo del océano donde ninguno de nosotros puede verlos y maravillarse. Son espectacularmente raros y hermosos. ¿Por qué están ahí? ¿Y por qué no solo una docena de especies? Porque Dios es magnífico en esplendor. Su plenitud creativa se derrama en una belleza excesiva. Y si así es el mundo, ¡cuánto más resplandeciente debe ser el Señor que lo pensó y lo creó!

Dios es venerado

Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban.

Nadie sabe qué son estas extrañas criaturas con seis alas, pies, ojos e inteligencia. Nunca aparecen de nuevo en la Biblia, al menos no bajo el nombre de serafines. Dada la grandeza de la escena y el poder de las huestes angélicas, será mejor que no nos imaginemos bebés regordetes y alados que susurran a los oídos de Dios. Según el versículo 4, cuando uno de estos seres clamó, los fundamentos del templo temblaron. Sería más adecuado pensar en los atronadores aviones de combate acrobáticos, los Ángeles Azules, que vuelan en formación ante un séquito presidencial y rompen la barrera del sonido. No hay criaturas insignificantes o tontas en el cielo. Solo magníficas.

El punto es que ni siquiera los serafines pueden mirar al Señor ni se sienten dignos de dejar sus pies expuestos en Su presencia. Tan grandes y buenos como son, sin contaminación por el pecado o la caída, reverencian a su Creador con gran humildad. Un ángel aterroriza a un hombre con su brillantez y poder. Pero los mismos

ángeles se esconden con santo temor y reverencia por el esplendor de Dios. Él es venerado continuamente.

Dios es santo

Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria».

En este caso, el lenguaje está llegando al límite de su utilidad, y el esfuerzo por definir la santidad de Dios finalmente termina por afirmar que «Dios es santo», que simplemente significa «Dios es Dios». Permíteme aclararlo.

El significado de santo es probablemente *cortar* o *separar*. Una cosa santa es algo cortado y separado del uso común (podríamos decir secular). Las cosas y las personas terrenales son santas en la medida en que son distintas del mundo y están dedicadas a Dios. Por ello, la Biblia habla de terreno santo (Ex. 3:5), asambleas santas (Ex. 12:16), sábados sagrados (Ex. 16:23), una nación santa (Ex. 19:6), vestiduras sagradas (Ex. 28:2), una ciudad santa (Neh. 11:1), promesas santas (Sal. 105:42), hombres santos (2 Ped. 1:21), mujeres santas (1 Ped. 3:5), Sagradas Escrituras (2 Tim. 3:15), manos santas (1 Tim. 2:8), un beso santo (Rom. 16:16) y una fe santa (Jud. 20). Casi cualquier cosa puede ser santa si está separada de lo común y dedicada a Dios.

Sin embargo, observemos lo que sucede cuando esta definición se aplica a Dios mismo. ¿De qué puedes separar a Dios para hacerlo santo? La mismísima Deidad de Dios significa que Él está separado de todo lo que no es Dios. Hay una diferencia cualitativa infinita entre el Creador y la criatura. Dios es único, *sui generis*, único en Su clase. En ese sentido, Él es completamente santo. Pero entonces no has hecho más que decir: ¡Él es Dios!

O si la santidad de un hombre surge de estar separado del mundo y dedicado a Dios, ¿a quién está dedicado Dios para decir que Él es santo? A nadie más que a sí mismo. Es una blasfemia

decir que hay una realidad más excelsa que Dios a la que debe conformarse para ser santo. Dios es la realidad absoluta. Como hemos visto, cuando se le preguntó por Su nombre en Éxodo 3:14, Él dijo: «Yo soy el que soy». Su ser y Su carácter no están determinados por algo fuera de Él. No es santo porque cumple las reglas. ¡Él escribió las reglas! Dios no es santo porque guarda la ley. La ley es santa porque revela a Dios. Dios es absoluto. Todo lo demás es derivado.

¿Qué es entonces Su santidad? Es Su valor infinito. Su santidad es Su esencia divina completamente única, que en su singularidad tiene un valor infinito. Determina todo lo que Él es y hace. Su santidad es lo que Él es como Dios, que nadie más es o será. Llámala Su majestad, Su divinidad, Su grandeza, Su valor como la perla de gran precio.

Al final, el lenguaje no es suficiente. En la palabra *santo*, hemos navegado hasta el fin del mundo en el absoluto silencio de la reverencia y el asombro. Puede haber aún más que conocer sobre Dios, pero eso va más allá de las palabras. «El Señor está en su santo templo; ¡guarde toda la tierra silencio en su presencia!» (Hab. 2:20).

Dios es glorioso

Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria.

Antes de que haya silencio, de que los cimientos tiemblen y el humo oculte todo, aprendemos una séptima y última cosa sobre Dios: Él es glorioso.

La gloria de Dios es la manifestación de Su santidad. La santidad de Dios es la perfección incomparable de Su naturaleza divina; Su gloria es la demostración de esa santidad. Que Dios es glorioso significa que la santidad de Dios se ha hecho pública. Su gloria es la revelación abierta del secreto de Su santidad. Cuando Dios se

muestra santo, lo que vemos es la gloria. La santidad de Dios es Su gloria oculta. La gloria de Dios es Su santidad revelada.

Conexiones entre Dios y el evangelio

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto —un Dios vivo, soberano, omnipotente, resplandeciente, venerado, santo y glorioso— con el evangelio de Jesucristo, que se encarnó como el Dios-hombre, que fue crucificado y resucitó de los muertos? Juan, en el capítulo 12 de su Evangelio, estableció estas conexiones de manera más clara que nadie. Veamos cuatro de estas conexiones de manera breve.

La primera conexión aparece en Isaías 6:1-4, como acabamos de ver, donde el profeta presentó a Dios en Su trono. Sin embargo, en los versículos 9-10 afirmó que este mensaje de un Dios glorioso endurecería a la gente. Ellos no querían un Dios tan majestuoso. Sin embargo, el capítulo termina con una referencia a un pequeño grupo que permanecería fiel, e Isaías habla de una «simiente santa» (v. 13).

Luego, en Isaías 53, se describió a esa simiente como el Siervo Sufriente que no tenía «belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada en su apariencia lo hacía deseable. Despreciado y rechazado por los hombres» (Isa. 53:2-3).

Entonces, en Isaías 6 tenemos majestad, autoridad y poder. Pero Isaías 53 presentó todo lo contrario: sin majestad, sin belleza, nada deseable, solo miseria. Sin embargo, ambos mensajes serían rechazados: «¿Quién ha creído a nuestro mensaje?» (Isa. 53:1). Ya sea glorioso y soberano, o humilde y sufriente, el resultado es el mismo: el hombre rechaza a Dios.

Ahora, observemos que los dos versículos de Isaías (53:1 y 6:10) son los mismos dos textos que Juan citó en relación con el rechazo de Jesús (ver Juan 12:38 y 40). ¿Por qué estos textos? Juan nos dijo: «Esto lo dijo Isaías porque vio la gloria de Jesús y habló de él» (Juan 12:41).

En otras palabras, Jesús fue el cumplimiento de ambos pasajes de Isaías: fue el soberano en el trono y el Siervo Sufriente. «Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14), y esa gloria fue la mezcla sin precedentes de la majestad de Isaías 6 y la miseria de Isaías 53. «Vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron» (Juan 1:11).

¿Por qué? ¿Por qué fue rechazado este Cristo incomparable? De nuevo, Juan responde nuestra pregunta. La gente prefiere «recibir honores de los hombres más que de parte de Dios» (Juan 12:43). Rechazaron a Jesús, la encarnación de la gloria de Dios, en Su grandeza como Dios y en Su humildad como el Siervo Sufriente, porque amaban la gloria de los hombres más que la gloria divina.

Todo esto fue parte del diseño de Dios. «El Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mat. 20:28; Mar. 10:45). Que lo rechazaran estaba planeado porque Su muerte por los pecadores estaba planeada.

Así que, ¿desecha Dios a Su pueblo Israel porque lo rechazó? No. Eso también fue parte del plan. «Parte de Israel se ha endurecido, y así permanecerá hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles. De esta manera todo Israel será salvo» (Rom. 11:25-26). O como dice Romanos 11:31: «Así mismo, estos [Israel] que han desobedecido recibirán misericordia ahora, como resultado de la misericordia de Dios hacia ustedes [gentiles]».

Nada ha sido en vano. No hubo desvíos en el camino para esta gran salvación de todos los elegidos de Dios. Entonces, cuando Pablo se detuvo y miró todo el plan, adoró.

¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indiscifrables sus juicios e impenetrables sus caminos! «¿Quién ha conocido la mente

del Señor, o quién ha sido su consejero?». «¿Quién le ha dado primero a Dios, para que luego Dios le pague?». Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén (Rom. 11:33-36).

Este es nuestro Dios.